

1

Una llamada de teléfono prendió la mecha de su destino. Aquella noche de crudo invierno, Tomás atravesó las entrañas de una ciudad dormida para acudir a la cita que le marcaría el resto de su vida. Días antes, un desconocido lo llamó para prevenirle de una terrible amenaza. Ángel, dijo que se llamaba. Con un nudo en la garganta llegó al lugar acordado, un rincón del casco antiguo que olía a rancio y humedad. No había nadie. Una tiniebla gris se extendía a lo largo de la calle y engullía todo rastro de vida. Encendió un cigarrillo y se fundió en un paisaje de piedra, entre cenizas y recuerdos. El frío, el vacío y la oscuridad silenciaban las calles solitarias.

El lugar de encuentro era el portal de una vieja juguetería ensombrecida por una ornamentación oscura y decadente. La fachada, de generosas marquesinas y profundos arcos medievales, sostenía pequeñas estatuillas que parecían, con los rostros desfigurados, imágenes de una pesadilla. Alzó la vista y halló desolación. El tintineo de un viejo cartel, colgado solo de uno de los dos picos de pájaro de hojalata, golpeaba tímidamente el nombre de la juguetería...

Con las manos apretadas en los bolsillos de un robusto abrigo y un elegante sombrero negro calado hasta la frente, la silueta de aquel hombre despuntaba en el recoveco del portalón como una sombra inquieta. A su alrededor, las miles de almas que deambularon por su entorno supuraban ese extraño gorgoteo de voces y letanías que aprisionan los lugares antiguos y misteriosos. Inmóvil y pensativo, parecía como si formara parte de un decorado milenario. Muchas generaciones escuchaban, en silencio, su historia.

La historia que Tomás reflejaba en el brillo de unos ojos claros enfocados a un infinito de oscuridad...

De pronto, el sonido de unos tacones de mujer le apartó de sus pensamientos. El eco retumbaba en el silencio de la noche como campanadas fúnebres. Con el pulso acelerado volvió la cabeza hasta los pasos y vislumbró una silueta femenina acercarse por entre las sombras nocturnas. Sorprendido, pudo apreciar en la penumbra un rostro tan hermoso como enigmático.

La mujer, joven y altiva, parecía haber llegado con el mundo entero a su alrededor.

—Usted debe de ser Tomás, ¿no? Soy Gabriela —expresó con voz delicada, pero firme.

Sintió una punzada de calor en el pecho. Sacó las manos de los bolsillos y constriñó los ojos.

—¿Dónde está Ángel? —inquirió desconcertado; el cuerpo, tenso—. ¿Quién es usted?

—Ángel falleció hace unos días —se acercó lentamente hasta pocos metros de Tomás—. Soy su sobrina. Mi tío me habló de usted, mejor dicho, un médico amigo suyo que le asistió en su enfermedad me transmitió su deseo de que acudiera a esta cita en su nombre para avisarle de algo que concierne a su seguridad.

Un soplo de brisa arrancó el perfume de la mujer. Aquella fragancia le acarició con un aliento cálido y desconocido.

—¿Ángel falleció? Explíquese —salió de la penumbra y se dejó ver una expresión de inquietud—. ¿Cómo han contactado conmigo?

—Le contaré todo lo que sé... —asintió y suspiró brevemente.

Tomás miró a su alrededor y comprobó que estaban solos. Sin saber por qué, la presencia de Gabriela le reportaba sosiego.

—Verá, al principio dudé en venir —comenzó Gabriela, mirándolo fijamente a los ojos—. Pensé que se trataría de una alucinación, de un mal sueño que mi tío había sufrido, fruto de su enfermedad. Creí que usted no existía, que era una historia imaginada en una mente brillante de escritor trastornada por la enfermedad. Pero luego, don Leandro, que así se llama el médico amigo de mi tío, me insistió en que debía acudir en nombre de Ángel

a la cita que tenía con usted. Ese deseo formaba parte de sus últimas voluntades. Todas las descripciones que me dieron coinciden a la perfección. Es usted exactamente tal como me lo han descrito; incluso este sitio y lo que iba a acontecer es como una fotografía con la escritura de su relato al dorso. Vengo conduciendo desde Madrid. He estado pocas veces en Segovia y apenas conozco la ciudad, pero no ha sido difícil encontrar la vieja juguetería. Por el camino, he pensado mucho en esta misteriosa cita y no sé qué relación le une a mi tío; yo estoy tan intrigada como usted, ¡créame, por Dios! Él sabía algo que le atraía y quería comunicarse con usted.

Tomás frunció el entrecejo y la miró sin comprender.

—¿Me quiere decir que su tío Ángel me conoce? No sé quién es. ¿Por qué me llamó la semana pasada para vernos precisamente hoy? ¿Y por qué aquí, a estas horas de la noche?

—Don Leandro me dijo que Ángel conocía los motivos que atormentan su vida y quería avisarlo del peligro que corre.

Los vahos de las respiraciones se enredaron en la atmósfera.

—¿Y de qué me tiene que avisar?

Con una mirada de conmiseración, Gabriela negó con la cabeza.

—No lo sé. Lo que sé es que tenía que estar aquí para cambiar los acontecimientos.

Tomás palideció. Tras el recorte de luz de la última farola, el fondo oscuro del laberinto de callejuelas runruneaba misteriosamente.

—¿De qué acontecimientos me habla?

—Me confesó que esta cita cambiaría el curso de su historia —miró con desconcierto alrededor antes de sostenerle la mirada—. Me insistió en que estuviese aquí, precisamente en este punto y hora, para desviarle de un destino cuya naturaleza desconozco. Lo siento, no puedo decirle nada más. Realmente ignoro lo que averiguó mi tío sobre usted. ¿Qué está pasando?

Perdió la mirada y se quedó en silencio unos instantes. Notó que la tensión de su cuerpo se aflojaba ante la proximidad de Gabriela. Asintió varias veces con la cabeza, lentamente, y capturó de nuevo las pupilas de la mujer.

—Me llamo Tomás Quintero, y soy cronista de un conocido periódico de la ciudad.

—¡Ah! Entonces es usted periodista.

—No exactamente, pero se puede decir que sí. Mi trabajo consiste en ocuparme de una columna del periódico. Digamos que escribo artículos relacionados con ciertos acontecimientos extraordinarios.

Gabriela conjuró un gesto de extrañeza.

—Quiero decir que escribo sobre situaciones de ámbito social, eventos clandestinos, organizaciones humanitarias con ánimo de lucro y, en fin, todo lo que represente el engaño, la mentira y la corrupción.

—Así que es como un moderno Robin Hood, solo que cambiando el arco y las flechas por la tinta y el papel. Debe de ser una especie de investigador de causas perdidas —dobló ligeramente la cabeza y mostró una sonrisa radiante.

—Alguien tenía que hacerlo, ¿no cree? La intención de mis artículos es desenmascarar a aquellas organizaciones que se aprovechan de personas susceptibles al engaño y a la estafa. Y es por causa de una de estas «organizaciones» por lo que estoy amenazado.

—¿Tan grave es? ¿Hasta qué punto le han amenazado?

—Me han amenazado de muerte. Y temo por mi esposa y por mi hija. Solo pensar que les sucediera algo, que la mano de la venganza las alcance... terminaría por destrozar mi vida —entornó los ojos hacia el vacío y apretó los dientes.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó con una diminuta arruga en el entrecejo.

—Todo empezó hace unos seis meses. Uno de mis contactos me informó de que una secta religiosa se reunía en los bajos de un edificio abandonado de una manera sospechosa. Pensé que se trataría de una de esas sectas con fines dudosos y decidí averiguarlo.

»Aquella maldita tarde, esperé en un escondrijo hasta que fueron apareciendo los primeros feligreses: gente de toda clase que parecían actuar como autómatas, con las miradas perdidas y sin reconocerse unos a otros. Entraban por una puerta que comunicaba

a una especie de sótano. En su interior, debían estar los cabecillas del grupo encargados de reunir a sus fieles en secreto. Me acerqué cautelosamente hasta ver asomado por una ventana a uno de ellos vigilando la entrada. Permanecí inmóvil tratando de no llamar la atención, y a los pocos minutos empezó un extraño cántico. Al principio solo se oía una voz, profunda y cavernosa, y en aquel momento comencé a inquietarme. A la primera voz se unieron otras y se escuchó un coro infernal. Al cabo de un rato solo se oyó de nuevo la misma voz del principio. Entonces... me estremecí. Aquella voz no era de ningún lenguaje conocido. Parecía proceder de un antiguo dialecto de los primeros pobladores del mundo de lo oculto. Era como si estuviese invocando a algún demonio en su lengua natal.

—¡Dios mío! —exclamó Gabriela, impresionada—. Debí de ser horrible. ¿Cómo pudo salir de aquella situación?

—Lo que pensaba que se trataría de una panda de chiflados se convirtió en algo muy serio y peligroso —bajó la mirada unos segundos y removió las manos en los bolsillos—. Seguí en el mismo lugar sin atreverme a mover un músculo, hasta que terminó aquella extraña celebración. Vi salir a una columna de hombres y mujeres con rostros inexpresivos y misteriosamente en silencio. Desde mi escondite, reconocí a uno de ellos como empleado de una fábrica de papel y material de oficina de la cual mi periódico se abastecía. ¡Ya tenía una conexión! Con el corazón en vilo intenté ver al cabecilla, pero ya nadie quedaba en el interior. Cualquiera de entre aquellas personas podría ser el autor del ritual. Todos eran sospechosos. Me fui al periódico y empecé a redactar el suceso.

»Al día siguiente, me dirigí a la fábrica de papel con un extraño presentimiento. Conduje unos catorce kilómetros hacia el noroeste de la ciudad, hasta llegar a un lugar llamado El Rojal. Hablé con el Sr. Montosa, uno de los más antiguos de la fábrica, cuyo cargo es administrador general. Le conté todo lo ocurrido y le di la descripción del hombre que identifiqué. Enseguida lo reconoció como empleado suyo. «¡Santo Dios, es él!», contestó. Se llama Lorenzo Montres y hace ya más de dos semanas que no aparece